

Las condiciones de un verdadero diálogo

por

JEAN OUSSET

Reproducimos traducida la parte principal de la Conferencia dada por Jean Ousset en la inmensa sala de actos de la *Mutualité* de París el 27 de abril de 1966, sobre el tema "El diálogo es siempre imposible", en el curso de una reunión organizada por el *Club de la Culture Française*, y en la cual Jean Madiran y Michel de Saint Pierre hicieron también uso de la palabra, ante un auditorio que llenaba totalmente el local.

LAS CONDICIONES DE UN VERDADERO DIALOGO

“Una conversación, una entrevista entre dos o más personas”... tal es el diálogo... si se presta crédito a los diccionarios.

Algunos relatos circunstanciales y sucesivos en una misma tribuna, una serie de artículos redactados por diversos autores —aunque esos artículos fueran complementarios— no pueden constituir un diálogo.

Constituye un abuso servirse del término “diálogo” para designar a veces determinadas ponencias, determinados contactos de grupos, partidos, pueblos o naciones, pues, en tales casos, el diálogo no es (y no puede ser) más que una reunión, una conversación de delegados o de jefes. Y sólo en sentido figurado se habla hoy de diálogo entre América y Asia, el Este y el Oeste, etc.

La realidad del diálogo es muy diferente, en efecto, según se refiera a una conversación entre algunas personas, o según se refiera a esos debates periodísticos, televisados, en el curso de los cuales (a riesgo de desprestigiarse) cada uno debe probar que tiene razón antes de que termine la serie de artículos o el último segundo de la emisión.

¡Diálogos publicitarios y de propaganda! ¡Diálogos de comedia! No diálogos... sino soliloquios, que lejos de estar concebidos para el interlocutor aparente, tienen por objeto impresionar a la masa de los que escuchan o leen lo que se dice o escribe. El diálogo, el verdadero diálogo, no consiste ni puede consistir, en eso, pues, por esencia, es una “entrevista”; “una conversación o plática entre dos o más personas”.

¿Se puede dialogar en las sociedades de masas?

¡Personas! Es decir algo muy distinto que seres reducidos a la realidad de un simple atributo; consideradas bajo una sola faceta. La de la etiqueta que se las pega, la de la amalgama que sirve para clasificarlas.

¡Individuos! ¡No personas! No criaturas humanas, realmente vivas, en la diversidad, en los contrastes de su ser. Hombres y

mujeres que pueden, en verdad, exhibir tal insignia, pertenecer a tal partido. Pero a los que no puede reducirse a esos elementos.

Hombres y mujeres que son también, al menos, habitantes de una ciudad o de un pueblo, ligados a un oficio, emparentados con los X, vecinos de los Y.

Personas que pueden estar en desacuerdo en mil cuestiones, pero en profunda unión sobre otras mil. Vecinos intratables quizá, pero cuyas esposas simpatizan o cuyos hijos son inseparables.

Lo que hace que el diálogo sea siempre posible entre tales seres, porque en este punto, el cristiano y el judío, el comunista y el apasionado por las Encíclicas se conocen bajo otros rasgos que aquellos que les separan.

Pueden, pues, conversar de un modo a la vez más amplio y más flexible, sin encontrarse como inmediatamente reducidos al "campo cerrado" (*champ clos*) de las oposiciones o separaciones sugeridos por un etiquetaje sumario.

Así concebido el diálogo, resulta tan natural, tan espontáneo como el encuentro diario de los hombres, como las relaciones de vecindad.

.....

Ello permite que comprendamos hasta qué punto las estructuras gregarias de nuestras actuales sociedades de masas pueden ser contrarias a las condiciones que se precisan para un verdadero diálogo. Porque en ellas todo se encuentra y todo se opone, en tales dimensiones que hace inconcebible que puedan darse los caracteres de un intercambio personal. Porque bajo el yugo de un totalitarismo invasor, las instituciones ya no están a la medida de los hombres. Porque las estructuras sociales no pueden servir ya de cuadros armoniosos para un diálogo personal.

Porque en las colectividades de "masa" —a la inversa de lo que sucede con las sociedades bien estructuradas en cuerpos intermedios— el ciudadano no puede tener esa experiencia, y por tanto ese juicio suficientemente personal, que, solos, dan su pleno valor social... y moral... al diálogo de los hombres.

En tales condiciones... no hay, ni puede haber más que una recitación simultánea de lo que los *robots* de la Propaganda vierten a lo largo del día en los cerebros.

"Hombres a quienes se alimenta con cultura de confección, escribía Saint Exupéry... con cultura *standard*, como se alimenta a los bueyes con heno".

Si, pues, como se pretende, para desenvolverse la Ciudad fe-

lizmente debe ser una Ciudad del diálogo, es indispensable que esta Ciudad sea también una Ciudad rica en cuerpos intermedios prósperos. Porque no hay diálogo plenamente humano más que en esos microgrupos. Porque en esos cuerpos donde los hombres se conocen "personalmente", hablan mejor de lo que ellos son, así como de lo que saben.

Sobre todo, es en tales condiciones como se realiza y puede, normalmente, observarse lo que Pablo VI ha dicho en "Ecclesiam Suam"... que "el clima del diálogo es la amistad". Y esto sin que ese diálogo tenga que llegar a ser "una debilidad respecto a los compromisos de nuestra fe"; sin que tenga que "transigir y transformarse en compromiso ambiguo respecto a los principios de pensamiento y de acción..."

Pues todo eso —esta "unión de la verdad y de la caridad"—, dice además el Papa, esta alianza "de la inteligencia y del amor"... no es concebible, no es psicológicamente posible más que en ese grado de familiaridad, de estima, de confianza personales que es el de las instituciones no masificadas por el totalitarismo, el de los cuerpos intermedios en los que, según Pío XII, los "hombres profundamente penetrados del sentido de la responsabilidad" se sienten "en más estrecha solidaridad con el medio en que viven".

Diálogos de etiquetas, alianza de contradicciones.

Respecto a esas exigencias absolutamente fundamentales, ¿cómo se ordena y qué significa el "diálogo" del que algunos hablan en torno nuestro?

Basta, para responder, considerar cómo se establece el "diálogo". ¿Según qué criterios? ¿A partir de qué? —A partir de lo que podríamos llamar contrario a la personalización evocada hace un instante. A partir de amalgamas sumarias, de coaliciones (*acrocages*) previas, de etiquetas que no pueden dejar de constituir el tipo mismo de esos juicios, de esas "condenaciones *a priori*", que Pablo VI, precisamente, declara incompatibles con el diálogo.

Actitud que comienza por endurecer lo que se pretende resolver. Y esto porque toda amalgama, toda clasificación *a priori* no puede dejar de transformar el diálogo proyectado en diálogo... (estaría mejor decir: en confrontación) de etiquetas, no en diálogo de personas. Lo que constituye el mejor modo de anular su utilidad; pues, reducidos a la "etiqueta" que, con razón o sin ella, los identifica, los hombres no pueden más que oponerse o enten-

derse más difícilmente. Están obligados por la exigencia, cuando no por la hipoteca, del emblema que ostentan y no pueden dejar de perseguir la defensa de su color, puesto que sólo a ese título están llamados a "dialogar"; están psicológicamente obligados a defender el honor de su tendencia, de su tesis, de su partido, de su confesión.

¿Cómo evitar, por ejemplo, que un diálogo entre gentes llamadas "de izquierda" y gentes llamadas "de derecha"; entre progresistas y aquellos a quienes se designa contra su voluntad como integristas, no sea una "disputa"? Al menos en el sentido de esas *disputatio*... que, en las universidades medievales, enfrentaban a los campeones de doctrinas contrarias. *Disputatio*..., cuyo último acto se representaba a veces a puñaladas en el *pré aux clercs* (1).

Diálogos de etiquetas, o de etiquetados, cuyo efecto dialectizante es inevitable, en la medida en que empiezan —y no pueden comenzar de otro modo— para definir oposiciones que son, menos que otros, capaces de absorber.

Operación dialectizante, por determinación previa, lo más a menudo arbitraria, de actividades extremas que (después de haberse descrito como irreductibles) no dejan de estar invitadas a fundirse por efecto de no se sabe demasiado qué virtud.

Pero virtud de la que los marxistas cometerían grave error de no estar satisfechos con ella, pues hay pocas que puedan, con tanta eficacia, habituar el espíritu a esa perpetua alianza de contradictorios que constituye el principio mismo de la dialéctica marxista.

Alianza de contradictorios (repitásmolo) puede desde luego ser una "confrontación", pero en modo alguno un "diálogo".

Pues no basta, para que exista diálogo, con una simple yuxtaposición de tesis, artículos, opiniones o discursos... Tipo perfecto de ese falso diálogo que el pueblo sano llama "diálogo de sordos".

Para que haya diálogo se precisa una cierta comunidad de inteligencia. Se precisa un mínimo de examen recíproco, de debate, de respuesta a lo que el otro piensa o dice. Lo que supone una referencia suficiente a algunos valores superiores, a la luz de los cuales acepta cada uno someter sus opiniones o afirmaciones.

Por lo demás, ¿no basta con abrir los ojos o aguzar el oído?

Cuando los comunistas son invitados a una tribuna cristiana, o... recíprocamente, cuando los cristianos, y a veces clérigos, son

(1) Terreno llano que se extendía en una parte del actual recinto de París, donde ahora está el barrio de Saint Germain; era el lugar de cita ordinario de los estudiantes y el lugar en que se celebraban los desafíos.

invitados a tomar la palabra sobre un estrado comunista, ¿puede pensarse por ese solo hecho que se establece un diálogo entre los unos y los otros?

En realidad, cada uno va allí a decir lo suyo (*declaration aux étoiles*). El discurso que sigue ignora, o afecta ignorar, lo que ha sido dicho en el precedente. Nadie responde en serio al otro. El intercambio de ideas es o prácticamente nulo o miserablemente equivoco. Nada de argumentación metódicamente emprendida. Cada uno va a lo suyo. Y el público aplaude con igual entusiasmo las tesis más contradictorias.

Por ello uno se pregunta si puede existir una escuela mejor de conciliación de lo inconciliable...; una escuela mejor de sincretismo, cuando no de escepticismo; una escuela mejor de desprecio a toda lógica en el encadenamiento de las ideas; una escuela mejor de desprecio del principio de identidad; una escuela, en la que pueda perder mejor el sentimiento de la coherencia y de la plenitud de la Verdad.

Uno se pregunta si puede existir una escuela que pueda preparar mejor a la concepción marxista (o lo que es decir: dialéctica y contradictoria) de la Verdad. Pues, en semejantes diálogos, no puede por menos de disolverse hasta la noción misma de verdad, no puede más que perder ese carácter objetivo que constituye su valor y su universalidad.

En tales diálogos, la verdad está condenada a no ser más que una fórmula bastarda. Una constante verdad a medias. Una especie de manzana destinada perpetuamente a ser cortada por mitad. Media de dos errores, cuando no media de un error y de un fragmento de verdad.

En semejante juego, la verdad no puede ser más que un compromiso subjetivamente determinado. Válido para el tiempo, el lugar y las circunstancias en que se ha establecido ese compromiso. Válido hasta el día (y ese día siempre está cercano) en el que alguna nueva contradicción incite a volver a poner en cuestión ese fragmento de verdad para dialectizarle, descuartizarle, reducirle un poco más.

Eso explica el entusiasmo que conceden a esas pretendidas sesiones de diálogo quienes no tienen (o no tienen bastante) el sentido y el gusto de la Verdad. Eso justifica el papel que los comunistas están llamados a representar en ese género de sesiones. Más que cualquier otro, es normal que ellos se sientan en su casa. Como también es normal que nosotros seamos expulsados.

Los excluidos del diálogo y el "apostolado selectivo".

Esto ofrece la ventaja de mostrar claramente que el diálogo en cuestión, el diálogo publicitario, no es más que la insignia engañadora de una política muy hábil de invitaciones y de exclusiones.

Exclusiones e invitaciones características. Pues si hay un diálogo público y honorable: aquel en que participan los comunistas, los ateos, los declaradamente no católicos; hay otros... al que a veces se nos invita: diálogo a puerta cerrada. Cordial quizá, siempre que quede sin eco. Dicho de otro modo: un diálogo muy diferente del que vemos exaltado... entre cristianos y comunistas, por ejemplo. De este diálogo no se avergüenzan, ni tratan de ahogar su eco. Diálogo que se hace público a los cuatro vientos, del que se está orgulloso y que cuenta a los ojos del público.

En tanto que el diálogo que, a veces, se desca comenzar con nosotros es el diálogo vergonzoso. El diálogo de que no se jactan y cuyo eco no debe amplificarse en modo alguno. El diálogo... "piadosa-carga-de-familia"... El que se soporta, por escrúpulo sentimental, con el tío gagá o con la vieja parienta que chochea.

Digámoslo claramente; nada que suponga un diálogo serio... Sociológico, como se dice ahora. El único que se concede a "interlocutores válidos". Lo que equivale a decir: a cualquiera. Pues todos están invitados: ortodoxos, protestantes, judíos, budistas, hinduistas, ateos, comunistas, masones. A todos menos a esa categoría de católicos decididos a combatir a la Revolución. Lo que, sin juzgar en modo alguno las intenciones, permite afirmar que ese diálogo tiene el inconveniente de dialectizar a la Iglesia como primer resultado. "Prueba, como dice Madiran, que lo que están edificando de esa manera no es ciertamente una comunidad cristiana". Y que es hasta lo contrario del único, del verdadero, del primer diálogo que debe establecerse o restablecerse: el diálogo entre cristianos. En tanto que asistimos a un fenómeno permanente de segregación no confesada, o, como ha escrito Michel de Saint Pierre, "de apostolado selectivo".

Política de grupos de presión, de centrales de prensa que, si son muy conciliadores en la defensa de la Verdad, están firmemente decididos a mantener sus privilegios y a no consentir ningún abandono de poderío, de prestigio o de provecho.

EL VERDADERO DIÁLOGO.

Muy lejos nos encontramos de ese diálogo de personas (del que hablábamos al empezar) que, lejos de tender inmediatamente a la conciliación directa de tesis contrarias, tiene por elementos de partida los recursos, innumerables y multiformes, de esas reuniones familiares, amistosas, profesionales, culturales, deportivas, de copropietarios de inmuebles..., tales como los que la vida nos presenta diariamente a cada uno de nosotros.

— Diálogos que no se establecen, en primer lugar, en una atmósfera de "campo cerrado", entre campeones designados de tendencias contrarias.

— Diálogos en los que pueden ser descabidas concesiones y compromisos; pero diálogos en los que esas concesiones y compromisos no aparecen como el fin obligado de la reunión.

Únicos diálogos cuya autoridad (dice Pablo VI en *Ecclesiam Suam*) viene del interior, de la verdad que en él se expone.

Pues en estos diálogos de que hablamos últimamente, en estos diálogos de personas, las etiquetas, las fórmulas prefabricadas y repetidas de memoria pierden su fuerza.

El debate es demasiado familiar en ellos para que el interlocutor se calle ante el argumento, sólido quizá, pero que entiende mal. Quiere saber. Quiere comprender. Y se atreve a decirlo. No hay en estas reuniones nada que imponga esas prudencias, habilidades o reservas que son inherentes a los diálogos oficiales...; el mismo argumento de autoridad, provocando difícilmente el asentimiento si no está basado o acompañado por algún argumento de razón bastante convincente. En una palabra: no basta con decir verdad, es necesario, en esos diálogos, decir los "porqués" de esa verdad. Lo que lejos de evacuar esa noción de verdad objetiva que tanto molesta a los promotores de los diálogos de etiquetas, de los diálogos por confrontación gregaria, supone, por el contrario, un sentido mucho más vivo de esa verdad.

Sentido de una verdad conocida desde su germen; mucho más lejos de las fórmulas prefabricadas y recitadas de memoria.